





Newton Compton Editores

Título original: *Roma Caput Mundi. L'ultimo cesare*

© 2016, Newton Compton editori s.r.l.

© 2023, de la traducción por Juan Carlos Postigo Ríos

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-40-8

Código IBIC: FA

DL B 12.488-2023

Diseño y composición de interiores:

David Pablo

Impreso en agosto de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Andrea Frediani

# El último César

## Roma Caput Mundi

Traducción de Juan Carlos Postigo Ríos



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2023



Al mostrarnos ante nuestros propios ojos estos hechos en la persona de Constantino, único entre los que alguna vez han sido, que se confesó cristiano sin circunloquios, Dios, soberano universal, ha puesto de manifiesto cuán gran contraste había, qué duda cabe, entre los que recibieron el privilegio de venerarlo a él y a su Salvador y los que eligieron la vía contraria, los cuales, lanzados desenfrenadamente a hostigar a su Iglesia, se lo malquistaron como enemigo irreductible, constituyendo el catastrófico fin de todos ellos la prueba irrefragable que delató su odio a Dios; así como, de manera análoga, a todo observador le resultó evidente la garantía de la predilección divina que había implícita en la muerte de Constantino, siendo él el único de los emperadores romanos que reverenció al Dios soberano universal con piedad preeminente, el único que pregonó a todos la doctrina de Cristo con audaz franqueza, el único que dio gloria a su Iglesia como ningún otro desde el origen de los tiempos, el único que truncó el desvarío politeísta y refutó cualquier viso de idolatría, pero, sobre todo, el único al que se le premió, tanto en vida como después de su muerte, con prerrogativas de tal entidad que nadie ha sido capaz de citar a otro entre los griegos, o los bárbaros, o, cabalmente, entre los antiguos romanos, al que le hayan tocado pariguales dones en suerte, y no puede recordarse, desde el origen de los tiempos hasta nosotros, a nadie que con él tolere parangón.

EUSEBIO DE CESAREA,  
*Vida de Constantino*





# CAPÍTULO I

*Bizancio, primavera del año 313 d. C.*

El estruendo de una roca de catapulta estrellándose contra un edificio, demasiado familiar para un soldado de carrera, le recordó a Sexto Martiniano que estaba sitiado. Lanzó una mirada desconsolada a su amada Minervina, que clavó en él el océano azul de sus ojos, aún brillantes a pesar del dolor causado por el parto, y salió de la casa para correr hacia las almenas. Nunca hubiera querido dejarla en aquel preciso momento, el cual ambos no creían que fuera a llegar nunca, pero sabía muy bien que podía asegurarle un futuro a su familia estando en primera línea en vez de junto a ella.

No estaba seguro de querer luchar. Si hubiera sido más rápido en llegar a Oriente, probablemente se habría encontrado entre las filas sitiadoras y no encerrado entre los muros de Bizancio. Pero tampoco podía dejar que el lugar en el que se había refugiado fuera destruido sin arriesgarse a verse involucrado en la ruina de la ciudad. Había llegado hacía apenas un mes con una compañera en avanzado estado de gestación y con la intención de alcanzar los dominios del único emperador aún vinculado a los valores y dioses tradicionales, pues el mundo parecía haber perdido su centro de gravedad. No se reconocía, Sexto Martiniano, vástago de una ilustre familia senatorial romana, en la política de favoritismo hacia cristianos y bárbaros de los otros dos gobernantes, Constantino y Licinio. Había luchado denodadamente por defender su mundo del lado de Majencio, el señor de Roma al que había dado toda su confianza, pero en el puente Milvio sus sueños se habían hecho añicos ante los ejércitos galos y bárbaros de Constantino

y sólo se había salvado gracias a la ayuda de Minervina. Desde entonces no había hecho sino vagar cada vez más hacia Oriente, en un intento de escapar de las represalias a las que el vencedor de la batalla había sometido a todo aquel que perteneciera al cuerpo de pretorianos, que se le había opuesto hasta el último aliento. Lo único que lamentaba era no haber muerto como sus compañeros, la mayoría de los cuales habían caído a orillas del Tíber con la frente hacia el enemigo, atravesados por mil lanzas.

Llegó al pie de las murallas y corrió por la rampa que conducía a las almenas mientras llovían más proyectiles sobre los merlones. Una roca incendiaria rodó por el pavimento y golpeó la columna de un pórtico, provocando el derrumbe de parte del tejado, que se incendió de inmediato. Un equipo de sirvientes se apresuró a entrar con un carro cargado de barriles de agua para extinguir el incendio. Sexto se reunió con el oficial al mando del sector, al que se había presentado pocos días antes como soldado que había terminado el servicio activo, poniéndose a su disposición sin revelar que había sido tribuno pretoriano. Con el asedio ya en marcha, los mandos no eran muy sutiles a la hora de reclutar hombres y el graduado no le había hecho demasiadas preguntas, contento por tener a su disposición a otro combatiente robusto y aparentemente experimentado; los casi treinta años de vida militar de Martiniano brillaban claramente en su porte seguro y en su físico forjado por tantas campañas.

—El enemigo ha tardado diez días en montar las máquinas de lanzamiento. Y pronto estarán listas también las torres móviles. Estamos condenados si Licinio no llega a tiempo —comentó el oficial, señalando el despliegue de las fuerzas sitiadoras.

El inmenso ejército de Maximino Daya estaba dispuesto en semicírculo a lo largo del valle del río Lico, guarneciendo toda la parte terrestre de la ciudad. El emperador sitiador no tenía flota y las comunicaciones con el mar aún estaban libres; el bloqueo, por tanto, aún no era total y el enemigo no estaba en condiciones de matar de hambre a la ciudad. «De no haber sido por esas malditas máquinas —pensó Sexto—, Maximino habría permanecido

anclado en Bizancio sin poder impedir la llegada de Licinio». Pero ahora, tras sólo diez días de asedio, el oficial tenía razón: la ciudad parecía condenada.

Y había que tomar una decisión.

Sexto sentía el máximo respeto por Maximino Daya. Aquel emperador nunca había aprobado las decisiones de otros gobernantes para poner fin a la persecución de los cristianos que había inaugurado Diocleciano. Sólo había respetado a medias el edicto de Galerio, que dos años antes había devuelto la libertad de culto a los cristianos declarando lícita su religión, y sólo había acatado por necesidad la confirmación dada por Constantino y Licinio tras la derrota de Majencio. Pero no había cejado en su empeño de imponer a aquella secta insufrible el respeto a los dioses tradicionales, obligando a los armenios a convertirse y aprovechando la estancia de Licinio en Occidente para apoderarse de sus territorios más orientales. Heraclea y Perinto habían caído en sus manos y ahora Bizancio estaba a punto de acabar igual. Maximino estaba prevaleciendo, pero sólo porque Licinio aún no había reaccionado. Y Licinio tenía detrás a Constantino, su cuñado y el más poderoso de los tres emperadores. Al final, ¿qué esperanza tendría Maximino de triunfar?

Martiniano ya no estaba solo. Ahora iba a tener una familia y también tenía que pensar en ellos. Si hubiera estado solo, no lo habría dudado: habría hecho todo lo posible para facilitar la caída de la ciudad y entregársela a Maximino Daya y luego luchar a su lado, a pesar de la superioridad enemiga; igual que había hecho cuando decidió luchar hasta el final con Majencio y contra Constantino. Estaba dispuesto a inmolarse para defender el sistema en el que siempre había creído, aquel que había llevado a Roma y al Imperio a elevarse por encima de cualquier otra civilización gracias al apoyo de unos dioses a los que ya muchos ciudadanos traicionaban y abandonaban. A pesar de todo, no había muerto en el puente Milvio y ahora los dioses le daban una segunda oportunidad para defenderlos de la agresión del dios de los cristianos. ¿Qué debía hacer? Oyó un potente estruendo y sintió que la

pedra de las almenas vibraba bajo él. Una roca había golpeado la muralla. Se tambaleó un instante mientras se apoyaba en el parapeto. Inmediatamente después escuchó un siseo y luego un grito ahogado. Se volvió y vio que una flecha había alcanzado al oficial en la cara, perforándole el ojo. El hombre cayó a sus pies y Martiniano se agazapó detrás de los merlones. Miró por encima de la protección: unos cuantos grupos de arqueros enemigos se habían abierto paso hasta el foso, disparando desde atrás o desde dentro de casamatas móviles que los esclavos empujaban hacia las murallas. Detrás de ellos, las máquinas, alineadas frente a un denso campo de tiendas, seguían lanzando implacablemente sus proyectiles.

En las almenas algunos soldados intentaban hacer funcionar las máquinas de que disponían los defensores, pero el denso aluvión de los atacantes, que hacían valer su clara superioridad numérica, impedía cualquier respuesta que no fuera meramente episódica, restándole eficacia a la acción de la guarnición.

Al parecer, no había necesidad de derribar la ciudad desde dentro. Pronto estaría en manos de Maximino. En ese momento sólo era cuestión de decidir si esperar a acabar prisionero y ofrecerse como celoso luchador por la restauración de los dioses tradicionales o huir y ponerse al servicio de Licinio, con la esperanza de que algún día rompiera con Constantino, el verdadero y principal responsable del radical derrocamiento de los valores y de la transformación del Imperio. Sexto vio cómo a su alrededor los soldados abandonaban las almenas para evitar la lluvia de proyectiles, a la que ya no podían oponer ninguna resistencia. Pronto los hombres de Maximino cruzarían el foso y apoyarían sus escaleras contra las murallas o lanzarían sus arietes contra las puertas para atravesarlas.

No tuvo más remedio que imitar a sus camaradas. Se lanzó con la muchedumbre por la rampa, volvió a bajar por ella a empujones y codazos y luego corrió hacia la seguridad de la vivienda que había alquilado, donde había dejado a Minervina. Si los enemigos le sorprendían vestido de civil y junto a mujeres, quizá no lo

pasarían inmediatamente por las armas; aunque si huyera ganaría tiempo. Pero no podía decidirse: su impulso natural le empujaba hacia Maximino, pero su sentido de la responsabilidad hacia Minervina, que había confiado en él y había aceptado acompañarle a Oriente a pesar de ser cristiana, le hacía inclinarse por Licinio y, por tanto, por huir.

Al llegar a la puerta llamó con furia. Un siervo que le había proporcionado el propietario fue a abrirle. Martiniano lo empujó a un lado y echó a correr por el vestíbulo con el objetivo de llegar a la alcoba de su compañera. Antes de llegar, oyó unos lamentos.

Se le aceleró el corazón; parecía que no podía contenerlo en el pecho. Irrumpió en la habitación y vio a dos recién nacidos en brazos de una Minervina exhausta, con su largo pelo rubio sudado y pegado a la frente y las sienes. La mujer levantó la mirada y él sólo tuvo ojos para su sonrisa increíble e imprevisiblemente radiante.

Y le desaparecieron todas las dudas sobre la decisión que debía tomar.

Un milagro. No podía describirse de otro modo: en el umbral de los cuarenta, cuando ya no creía que pudiera tener hijos, había tenido nada menos que dos. Gemelos. Por dentro Minervina no podía dejar de dar gracias al Señor por aquella bendición: estaba destrozada, le dolía todo el cuerpo, el bajo vientre le palpitaba ferozmente, desgarrado por el esfuerzo. La súbita aparición de Sexto Martiniano le relajó los músculos contraídos por el dolor: él la protegía y la amaba, se preocupaba por ella, y con Sexto cerca se sentía cada vez más segura. Consiguió encontrar fuerzas para sonreírle, luego se sintió animada a hablar por primera vez desde que había dado a luz.

—Cristo vela por mí, querido Sexto. Y por ti: nos ha concedido una gracia inmensa —murmuró, señalando a los dos pequeños con la mirada—. Estos dos niños son fruto de nuestro amor y del suyo.

No le pareció que su hombre estuviera tan entusiasmado. Martiniano no cambió de expresión, que a ella le pareció de desconcierto desde el momento en que irrumpió en la habitación.

–Dudo que tu dios sea capaz de evitar que nos veamos envueltos en la ruina que le espera a la ciudad en cualquier momento –respondió, aún jadeante por la carrera que había hecho desde las almenas–. Debemos marcharnos enseguida y llegar a la orilla europea para reunirnos con Licinio antes de que caiga Bizancio. Prepárala para el viaje –le ordenó a la sierva de Minervina.

Esta le miró sin comprender.

–Pero... tú elegiste el partido de Maximino Daya... y yo te he acompañado aunque ese demonio no me agrade en absoluto. ¿Por qué habríamos de huir ahora de él? Y en mi estado... con dos niños recién nacidos... –se quejó.

–Porque nos arriesgamos más quedándonos aquí durante las incursiones que seguramente seguirán a la caída de la ciudad que intentando escapar –respondió Sexto con decisión–. Y porque he llegado a la conclusión de que, aunque haya vencido aquí, Maximino no tiene ninguna esperanza contra las fuerzas combinadas de Licinio y tu amigo.

La sarcástica referencia a Constantino, con quien Minervina había tenido una larga relación y un hijo años atrás, la hirió. El emperador la había visto y la había tomado, alejándola de su marido Osio y de su amante, Sexto, al mismo tiempo. Y ella le había seguido con total devoción, convencida de que la amaba sin reservas. Luego el emperador la había abandonado. Minervina seguía preguntándose si por razones de Estado o por hartazgo. Entonces se había reencontrado con Sexto, que la había acogido con entusiasmo. Pero algunas heridas permanecían abiertas y a veces el hombre dejaba escapar amargura y una pizca de rencor por haber sido brutalmente dado de lado.

Nunca volverían a ser como antes de que ella conociese a Constantino. Todavía había mucha pasión entre ellos, pero el amor había perdido esos tonos estimulantes e incondicionales que tenían antes.

Y luego estaba el amor por Cristo que, como intuía Minervina, no haría sino aumentar con el nacimiento de aquellas dos joyas. Había decidido acompañar a Sexto en su elección de unirse al

emperador anticristiano no sólo porque sentía que debía pedirle perdón por algo, también porque se proponía predicar en los territorios orientales, donde la palabra de Cristo era ahogada por el puño de hierro que seguía adoptando Maximino, a pesar de las disposiciones tolerantes de los demás emperadores.

–Voy a hacer los preparativos para nuestra huida. Para cuando vuelva, quiero que estéis preparados –dijo Sexto y se volvió para marcharse.

Pero entonces se detuvo, se acercó a la cama donde yacía Minervina, le acarició suavemente la cabeza, como Constantino nunca había sabido hacer, la besó en la frente empapada de sudor y luego sonrió a los recién nacidos, les secó las mejillas mojadas por las lágrimas y el líquido amniótico y los contempló embelesado durante un momento.

Desapareció poco después y Minervina dejó mansamente que la sierva le recogiera el pelo y la lavara, secara y vistiera mientras la comadrona se ocupaba de los bebés. Pero estaba impaciente por alimentarlos: sus estridentes llantos le desgarraban el alma, multiplicando su ansiedad por volver a ser madre. Lo había sido hasta cinco años antes, cuando Constantino la había expulsado de la corte de Tréveris con un pretexto, obligándola a abandonar a Crispo, que entonces tenía dos años; no había vuelto a verlo jamás. Pensaba en él con conmovedora nostalgia, a veces con desesperación, preguntándose constantemente si había crecido tan robusto y apuesto como su padre e igual de decidido y fuerte de carácter.

Ahora el Señor le había ofrecido una nueva y doble oportunidad dándole no sólo una nueva hija, sino también un hijo para compensar la pérdida del que había tenido que abandonar. Y nada en el mundo la obligaría esta vez a renunciar de nuevo a su papel de madre, ni siquiera lo que ahora consideraba más que nunca su deber: ser piadosa y devota, una perfecta sierva de Cristo, sin los impulsos que en el pasado la habían llevado a seguir los instintos más bajos.

Respetaba a Sexto, y aunque siempre la había amado más carnal que espiritualmente, la quería tanto que lo entendería.

Se desabrochó la túnica, liberando sus pechos. Siempre los había tenido pequeños, aunque bien formados, y casi no se reconocía al verlos tan hinchados. Hizo que la ama de cría colocara a los niños cerca de cada pecho, sosteniéndolos con los brazos, e intentó acercarlos a los pezones. Quiso llamarlos y animarlos por su nombre, pero se dio cuenta de que aún no lo tenían; era cosa de su padre y ni siquiera habían tenido tiempo de hablar de ello.

Era extraño, se dijo a sí misma, debería haberse preocupado por lo que Sexto le había contado, por la dramática situación de peligro en la que se encontraban, pero no se le ocurría otra cosa que el nombre que darles a aquellas dos criaturas de Dios. A ella la realidad le interesaba poco, comparada con sus fantasías.

Por fin la niña, que parecía tener más fuerza de voluntad, le arponeó el pecho, tratando de averiguar qué hacer con el pezón que bailaba en sus labios. Minervina dejó que la nodriza sostuviera al bebé unos instantes y con la otra mano se apretó el pezón, dejando salir un chorrito de leche. Luego se lo ofreció a la bebé, que enseguida empezó a mamar vorazmente, apretando la boca con una fuerza insospechada para una criatura tan pequeña. La mujer sintió escalofríos de dolor, punzadas penetrantes que irradiaban sus pechos por todo el cuerpo, pero se alegró: su niña ya había aprendido a sacarle la leche.

Desde que los había visto salir de ella, Minervina se había adormecido con la imagen de los bebés mamando de sus pechos al mismo tiempo. Por ello, decidió no esperar más. En lugar de hacer que la nodriza sujetara a la hembra y utilizar la mano para apretarse el pezón reservado al macho, ordenó a la mujer que se lo apretara ella misma mientras Minervina acercaba la cara del bebé a su pecho. La nodriza obedeció, pero el bebé se distrajo y trató de apartar la cabeza.

La madre se enzarzó en una tierna lucha por acercarlo de nuevo a la fuente de alimento y pronto la leche llegó a manchar la cara del pequeño. Las dos mujeres tardaron unos instantes más en conseguir que el líquido entrara en la boca del recién nacido, que tardó más en adaptarse que su hermana. La criatura babeaba, so-



plaba, hacía de todo menos mamar. La mujer lo miró con ternura, se conmovió y sonrió y finalmente decidió esperar: la naturaleza seguiría su curso y el instinto primario prevalecería.

Eso fue lo que ocurrió poco después. Por fin el pequeño empezó a imitar a su hermana y Minervina se alegró de sentir en el pecho destinado a su hijo el mismo dolor que había sentido en el de su hija. Se acomodó como había imaginado, sujetando a sus bebés en cada brazo y dejándoles mamar, y luego ordenó a la criada que le trajera un espejo: quería admirarse en ese momento y ver realizado el cuadro que tantas veces había pintado en su mente. Deseaba fervientemente que esa nueva imagen borrara de una vez por todas las escenas sórdidas y mezquinas que había visto reflejadas en los espejos de los lupanares donde había trabajado durante un breve periodo de su vida para castigarse por no haber sido capaz de hacer que Constantino la amara.

La sierva salió de la habitación, pero se encontró con que la sombra de un soldado le impedía el paso. Minervina tuvo el impulso de dar la bienvenida a Martiniano mostrándole orgullosa la imagen que acababa de componer cuando se dio cuenta de que no era él.

Detrás de aquel individuo aparecieron inmediatamente otros hombres, todos con casco. Avanzaron, apartaron a la sirvienta e irrumpieron en el cubículo con miradas feroces y voraces. La miraron largo rato en silencio, sonriendo maliciosamente.

Y Minervina conocía demasiado bien ese tipo de mirada, había visto demasiadas en los burdeles donde había estado. No había nada en sus expresiones que sugiriera que la consideraban sólo una madre ocupada en amamantar a sus hijos.

–¿Rendido? ¿Qué quieres decir? –preguntó incrédulo Sexto Martiniano al soldado que había llegado a toda prisa al sector portuario.

–Así es, señor –respondió el soldado–. En la esquina sur de las murallas. Una roca lanzada por una balista ha derrumbado una torre y eso ha bastado para convencer a los defensores de que todo estaba perdido. Abrieron las puertas.

Sexto miró al puñado de soldados que había conseguido reunir para la huida a Tracia al otro lado del estrecho. Muchos ya llevaban consigo a sus familias, pero otros aún tenían que ir a buscarlas. Él incluido. Si los soldados de Maximino Daya estaban recorriendo las calles de la ciudad, ya nadie estaba a salvo. Especialmente Minervina, que se encontraba en la parte sur, justo al lado de las murallas. De pronto le asaltó la ansiedad de ir a buscarla.

–Vosotros tripularéis los dos barcos con los que vamos a zarpar –ordenó a los hombres que sabía que no se llevarían a la familia–. Que todos los demás corran a por sus seres queridos. Nos reuniremos dentro de una hora en el muelle y luego zarparán los barcos. Quien no llegue a tiempo se quedará en tierra –especificó.

Notó algunas miradas de consternación en los rostros de los soldados: algunos tenían a la familia en el lado opuesto de la ciudad y seguramente no llegarían a tiempo, pero conceder márgenes más amplios decretaría el fracaso de la empresa.

Todos se dispersaron en distintas direcciones y Sexto se apresuró a volver a casa, con la esperanza de que Minervina ya estuviera lista y en condiciones de moverse. Cuanto más tiempo pasara, mayor sería la probabilidad de que tuviera que defenderla, él solo, de columnas de asaltantes. Bizancio no había abierto inmediatamente sus puertas al emperador, obligándole así a sitiarla; según las reglas no escritas de la guerra, esto otorgaba al conquistador el derecho de permitir a sus soldados saquear la ciudad.

Llegó a la puerta de casa sin haberse topado con ningún sitiador, pero, por otra parte, mucha gente convergía hacia el puerto: también sería problemático abrirse paso entre la muchedumbre y mantener los dos barcos a disposición de los soldados. Se sorprendió al ver la puerta abierta: ya era de noche y, con lo que estaba ocurriendo en la ciudad, era una mala idea. Apresuró el paso y entró en el vestíbulo, encontrando en el acto entre sus pies un cadáver con un tajo en la espalda. Le dio la vuelta y reconoció al guardián. Desvainó la espada mientras su corazón empezaba

a latir desbocado; a pesar de la experiencia militar acumulada durante décadas de carrera, no era una circunstancia en la que estuviera seguro de poder mantener la calma.

Oyó risas bulliciosas y gritos de mujer. Incluso escuchó los lamentos desgarradores de los dos recién nacidos. Procedían de la habitación de Minervina. Las sienes le palpitaban de furia, le asaltaron las ganas de irrumpir en la habitación y hacer pedazos a quienquiera que hubiera obrado mal o simplemente estuviera amenazando a su familia. Pero se obligó a actuar con cautela. Tenía que saber, primero, con quién estaba tratando. Se acercó con mucho cuidado a la puerta entreabierta del cubículo, se apoyó en ella y echó un vistazo al interior. Observó a dos soldados de pie alrededor de la cama de su compañera mientras oía la voz de un tercero fuera de su campo visual; estaba haciendo comentarios a otras mujeres, evidentemente a la nodriza y a la sierva. Se concentró en los dos soldados junto a Minervina: no podía ver a la mujer, cubierta por los dos hombres, pero se fijó en sus ropas desgarradas en el suelo y oyó sus sollozos. Se dio cuenta de que uno de ellos estaba de pie sobre ella y la manoseaba mientras el otro sujetaba a uno de los niños por los tobillos, balanceándolo boca abajo.

No había tiempo para cálculos. Irrumpió en la habitación hecho una furia. Apuñaló al hombre que tenía al niño a su lado y agarró al hijo con el otro brazo antes de que cayera al suelo. Luego desenvainó la espada, que hizo un amplio abanico bermellón, chorreando sangre por todas partes, antes de penetrar en la nuca al otro atacante. Se desplomó sobre Minervina, que instintivamente se acurrucó para proteger a su hija en brazos. Sexto apartó el cadáver y le ofreció el otro bebé. Ella miró por encima de su hombro y le gritó que tuviera cuidado, pero no hacía falta: Sexto sabía que debía esperar una reacción del tercer soldado. Dio un tajo horizontal a ciegas, sintiendo el impacto del hierro contra la carne, luego se giró sobre sí mismo y se encaró con su oponente, que ahora se tambaleaba por el tajo que le había abierto en el estómago. No dudó en rematarlo con otro tajo entre el hombro

y el cuello y sintió cómo el hueso de la clavícula se hacía añicos mientras su víctima se desplomaba hacia delante.

–¡No hay tiempo que perder! ¡Vendrán más! –gritó, provocando involuntariamente que aumentaran los llantos de los dos recién nacidos–. Vosotras dos –se dirigió a la nodriza y a la sierva–, mirad si los esclavos siguen en la casa y terminad de preparar el carro. Llevad lo mínimo. Nos marchamos ya.

Las dos mujeres desaparecieron, tan aterrorizadas de él como de la situación. Se dio cuenta de que estaba cubierto de la sangre de sus víctimas, al igual que el niño al que había salvado. Incluso Minervina, semidesnuda, tenía el pecho y la cara salpicados. Estaba demasiado alterada para hablar y le miraba petrificada, pero sus brazos aferraban con fuerza a los dos niños. Sexto temía que hubiera perdido el juicio y corriera el riesgo de asfixiarlos.

–¡Minervina, todo ha terminado, pero ahora debemos escapar! Trató de sacudirla. La agarró por los hombros y ella apretó aún más a los niños. Luego le cogió la barbilla, la atrajo hacia sí y la besó, esperando que su extraordinaria unión carnal despertara sus sentidos y le permitiera volver en sí.

Funcionó. Sus magníficos ojos azules recobraron la conciencia. Sexto le sonrió para tranquilizarla, la dejó un momento, cogió una túnica del aparador que había junto a la cama y la obligó a ponérsela. Luego la ayudó a salir de la cama, pero tuvo que sostenerla. En ese momento reapareció la doncella.

–El carro está listo. Los dos esclavos se encerraron en sus habitaciones en cuanto vieron entrar a los soldados. Ahora nos esperan fuera, en la puerta –dijo la muchacha; luego se apresuró a ayudar a la pareja llevando a los dos niños y permitiendo que Sexto sostuviera a Minervina más cómodamente.

Poco a poco llegaron al carro. Sexto lanzó una mirada a los esclavos, que bajaron la cabeza avergonzados, y luego hizo subir a todos al carro y él se montó en el pescante, tiró de las riendas y puso en marcha los dos caballos. Siguieron la dirección de la mayoría de los civiles, que en algunos lugares llegaban a atascar las calles. También se veían algunos escuadrones de soldados asediadores,

pero su objetivo en aquel momento eran las casas que quedaban sin vigilancia y el botín que pudieran encontrar allí. Sexto lo sabía por experiencia personal y por el momento no temía la agresión. Sin embargo, él era uno de los pocos que tenían un carro y los asaltantes podían imaginar que transportaba riquezas en él. Por lo tanto, trató de moverse dentro de la corriente de refugiados, aunque al hacerlo se vio obligado a ralentizar el paso. Y el tiempo se agotaba: la hora de margen que se había dado a sí mismo y a sus hombres se estaba acabando.

No tardó en darse cuenta de que no lo conseguiría. El puerto no estaba lejos, pero a ese paso era como si estuviera en la otra punta de la ciudad. Tuvo que volver al arcén, espolear a los caballos y amenazar con atropellar a la gente para alcanzar un ritmo más rápido. Consiguió acercarse a su destino y cuando llegó cerca del embarcadero vio un aluvión de gente reunida en busca de un puesto a bordo. Se preguntó cómo pasar sin dañar a esas personas. Un poco más allá estaban los dos barcos en los que pondría a salvo a su familia; los veía claramente, muy cerca. Casi sintió que podía tocarlos. Pero tenía que abrirse paso, como había tenido que hacer tantas veces en combate, cuando se enfrentaba a una falange contraria.

Entonces oyó el chirrido del carro y el grito de la doncella. Se volvió inmediatamente.

Más allá de la multitud que le separaba de Minervina y sus hijos, vio a cuatro soldados enemigos agarrarse al parapeto e intentar subir al vehículo.

Minervina lo vio aparecer de repente a su lado: un soldado dio un salto y pasó por encima del borde del carruaje, irrumpiendo en su interior. Y detrás de él venían otros. La mujer se lanzó instintivamente hacia la parte delantera del carro, acercándose al canasto que contenía a los niños, y lo mismo hizo la criada, que tuvo el reflejo de patear el equipaje hacia la parte trasera, con la esperanza de que el asaltante no les hiciera caso y se abalanzara sobre el botín. La nodriza no tuvo reflejos tan rápidos y se quedó cerca de la entrada, encontrándose a merced del soldado, que la

agarró del brazo y la arrojó fuera del carro. El vehículo estaba casi parado y otro soldado consiguió entrar. Ambos miraron, indecisos, el equipaje y a las dos mujeres, sin prestar atención a los niños; en el tumulto de la multitud que rodeaba el carro probablemente ni siquiera habían oído los gemidos.

Finalmente, el más cercano se abalanzó sobre las cajas y comenzó a abrirlas. Cuando vio que se trataba de ropa, rugió de rabia y lanzó un cinturón contra Minervina. La sierva se interpuso e impidió que el objeto cayera sobre los recién nacidos, pero el soldado debió de pensar que la muchacha saltaba sobre él. Reaccionó de inmediato propinándole un revés que la hizo caer hacia un lado.

Minervina gritó cuando el segundo soldado abrió otro cofre. Era el que contenía sus joyas y el dinero, con los que ella y Sexto contaban para salir adelante hasta que las aguas se calmaran y pudieran recuperar sus ingresos.

—¡Este carro está requisado! —exclamó el legionario y su camarada asintió con suficiencia. Otros se agolparon en la parte trasera del vehículo, preguntando en voz alta qué habían encontrado—. Nada, sólo estas dos mujeres. ¿Las queréis? —gritó uno de los ocupantes.

Los que estaban fuera estallaron en carcajadas e hicieron señas para que se las dieran. Entonces uno de ellos agarró del brazo a la sierva, todavía inconsciente por la bofetada de antes, la arrastró hacia el borde y la empujó hacia fuera. Minervina vio cómo los otros le arrancaban la ropa, pero entonces su vista se vio obstruida por los dos soldados que estaban dentro del carro, que se acercaron a ella. Se pegó aún más a la pared de cuero que la separaba del puesto del conductor. Justo cuando el soldado la agarró de la muñeca, la hoja de un cuchillo emergió del cuero, desgarrándolo. El corte se ensanchó en un instante y de la hendidura emergió Sexto, que se lanzó sobre el atacante con un rugido. La daga se clavó en el costado del soldado, que se desplomó al fondo del carro, pero el otro se abalanzó inmediatamente sobre Martiniano y le rodeó la garganta con el antebrazo. El antiguo pretoriano enrojeció. Blandía el puñal ensangrentado al viento mientras Minervina ya no sabía si quedarse a proteger a los niños

o intentar golpear al atacante. Mientras tanto, los soldados que estaban fuera habían visto lo que ocurría y algunos se mostraban dispuestos a subir a apoyar a su camarada.

Sexto parecía al borde de la asfixia. «Tengo que hacer algo», se dijo para sus adentros Minervina. Acababa de salvarla, dos veces, y ahora era su turno. Agarró una de las bolsas del baúl de los objetos de valor y, poniendo toda la fuerza que tenía en el brazo, la estampó contra el costado del soldado. El hombre se estremeció un instante, lo suficiente para que Sexto lanzara un tajo hacia atrás con el puñal y enviara la hoja directamente al ojo del atacante, que se desplomó gritando, pero mientras tanto se acercaban otros soldados. Minervina abrió entonces la bolsa y les arrojó un puñado de monedas, luego cogió otra bolsa y la tiró.

Sexto la miró, comprendió y la imitó con un par de bolsas más. Los soldados se quedaron desconcertados y, tras unos instantes en los que se mostraron indecisos sobre qué hacer, acabaron yendo a por el dinero y se lo disputaron encarnizadamente. A Minervina le habría gustado aprovechar para recuperar a la sierva, pero ya no podía verla: algún soldado debía de habérsela llevado. Sexto llenó un saco con unas cuantas bolsas y la instó a que cogiera a los niños y atravesara la hendidura. Minervina llegó al asiento del conductor, donde encontró a los dos esclavos que los habían acompañado. Sexto la siguió de inmediato, tomó las riendas y espoleó a los caballos. Pero la multitud se había hecho más densa y no había forma de avanzar.

Sexto decidió bajar del carro y la ayudó a hacer lo mismo. A Minervina le habría gustado aferrarse a la canasta con los niños, pero en cuanto se puso en pie casi se sintió desfallecer; aún no había recuperado las fuerzas. Sexto le arrebató la canasta y se la entregó al más robusto de los dos esclavos, ordenándole al otro que sostuviera a la mujer.

—¡Todos en fila detrás de mí! —exclamó y luego sacó su espada de la vaina y empezó a blandirla a su alrededor.

La gente debió de pensar que era uno de los sitiadores y se apresuró a quitarse de en medio. Estaba ensangrentado y parecía

poseído y todos a su alrededor estaban aterrorizados. Así, el pequeño grupo pudo avanzar unos pasos hacia el muelle. El hombre parecía señalar dos liburnas repletas de soldados en las cubiertas.

—¡Vamos! ¡Debemos alcanzarlos antes de que zarpen! —confirmó Sexto mientras seguía abriéndose paso entre la gente.

Todos buscaban pasaje en los dromones de transporte, cuyos capitanes estaban en el muelle negociando el precio de la salvación con los refugiados que habían acudido a su encuentro. Nadie, sin embargo, se acercó a la liburna, quizá por el temor que desprendía la presencia de los soldados a bordo.

Minervina vio que uno de los dos barcos se alejaba del muelle. Al mismo tiempo, Sexto lanzó un grito de frustración; era al que se dirigía. Cambió de dirección y apuntó con decisión al otro. La mujer notó que soltaban amarras y se sintió perdida. Aunque el esclavo la sostenía, temió desmayarse en cualquier momento. Se volvió una y otra vez para comprobar que el otro sirviente seguía a su lado, con los niños en brazos, pero la cabeza le daba vueltas, le faltaba el aire, veía borroso. Un sentimiento de desesperación se apoderó de ella y, presa del pánico, rompió a llorar.

—¡No! —gritó Sexto, intentando llamar la atención de los soldados y marineros a bordo.

Estos se fijaron en él, tal vez lo reconocieron, porque se lanzaron sobre la borda, pero al parecer era demasiado tarde: el barco había empezado a alejarse del muelle. Minervina sintió la multitud a sus espaldas. Se volvió y vio que los soldados del emperador intentaban abrirse paso entre la muchedumbre a mandobles; mucha gente se apresuraba a escapar, arrollando a sus propios conciudadanos.

Miró desesperada a sus hijos. El Señor, al parecer, le había concedido la gracia de dárselos sólo para arrebátárselos poco después. Evidentemente, los muchos pecados anteriores de lujuria no la hacían merecedora de tal regalo.

Luchó por convencerse de que debía aceptar su destino con serenidad y rogó a Cristo que salvara al menos a aquellos inocentes, que sólo ella pagase por sus faltas. Le pareció oír a Sexto gritar que



lanzaran dos cuerdas. Miró desesperada a su hombre, admirándole al mismo tiempo por su valor y compadeciéndole por sus inútiles esfuerzos. Los dos cabos llegaron al muelle. Sexto los recogió y dijo a los dos esclavos que se acercaran. Minervina vio cómo le ataba las cuerdas por debajo de las axilas y cómo hacía lo propio consigo mismo. Luego el soldado cogió la canasta con los niños.

–Intenta mantenerte despierta, Minervina. Será difícil, pero podemos hacerlo.

La mujer le miró sin comprender. Le vio levantar el brazo hacia el barco e inmediatamente se vio arrastrada hacia el agua. Sintió que Sexto se adentraba a su vez en el mar, pero con más cautela, tratando de controlar las sacudidas. El impacto con el agua la revitalizó, la cuerda la arrastraba hacia el barco, pero no dejaba de buscar con la mirada a su compañero y a sus hijos. Vio a Sexto sosteniendo la canasta por encima de la superficie del agua y nadando mientras los hombres de a bordo se esforzaban por subirlo.

La distancia entre el barco y el muelle era corta. Sexto gritó para que le recogieran primero a él y cuando estaba cerca de la quilla le izaron por la borda, ayudándole a pasar por encima de la empavesada. Después le llegó el turno a Minervina. La mujer estaba desesperada por saber si sus hijos habían sobrevivido a la descomunal paliza y no le importó el dolor que sintió mientras tiraban de ella hacia arriba, con la cuerda comprimiéndole los músculos y huesos, que acababan de sufrir el esfuerzo del parto. Una vez superado el parapeto, se lanzó hacia Sexto y sus hijos, pero los soldados que la habían izado la sostuvieron para evitar que perdiera el equilibrio. Fue el compañero quien se acercó a ella y su sonrisa le hizo comprender, incluso antes de verlos, que estaban ilesos.

Dio gracias al Señor, tal vez la había perdonado.

## CAPÍTULO II

–¿Recuerdas a tu madre, Crispo?

El hijo de Constantino levantó la mirada de la edición de *De bello Gallico* que su tutor le estaba haciendo leer y miró fijamente a la mujer que le había hecho la pregunta. Fausta, su madrastra, había entrado en el *tablinum* del palacio imperial de Tréveris con un paso tan sigiloso que él ni siquiera se había percatado de su presencia. Miró a su tutor, el obispo Osio de Córdoba, a quien consideraba con más autoridad que a aquella joven, y esperó a que le diera permiso para contestarle.

Osio miró a Fausta de un modo que a Crispo le pareció extraño, entre molesto e intrigado, y luego asintió.

–Recuerdo muy poco de ella –respondió finalmente el muchacho, suspicaz.

De algún modo, siempre se sintió algo perturbado por la emperatriz, cuya actitud nunca supo interpretar. Parecía despertar en ella una mezcla de antipatía y simpatía, pero nunca podía comprender cuál de los dos sentimientos prevalecía en cada momento. Y su turbación se veía acentuada por la belleza de la muchacha, que no podía ignorar y que le provocaba sacudidas en el estómago cada vez que la veía aparecer. Como en aquel momento.

Fausta le sonrió sin alegría y luego miró a su tutor.

–Puedes marcharte, mi buen Osio –le dijo, adoptando un tono más áspero.

–Pero... no hemos terminado la lección –objetó el obispo.

–Se reanudará más tarde. Yo también tengo derecho a hablar con mi hijastro –reiteró Fausta–. Cuando no está contigo, prac-

tica con las armas, y separarlo de los soldados es aún más difícil que separarlo de ti.

Osio se levantó, inclinó la cabeza en señal de deferencia y salió. Por alguna razón que no supo explicar, Crispo hubiera preferido que se quedara. De Fausta, en cierto modo, tenía miedo. Pero el único que podía permitirse no obedecer a la emperatriz era el emperador, es decir, su padre Constantino.

Cuando el obispo cerró la puerta tras de sí, Fausta se acercó a Crispo y alargó la mano para tocarle el brazo mientras él se sentaba a la mesa, delante del libro abierto, cruzando las piernas. El niño se sintió invadido por su intenso olor a rosas y aceitunas, a *metopium*. La escrutó un instante y se dio cuenta de que anhelaba acunarse en su regazo, pero enseguida sintió vergüenza y apartó la mirada. Osio le había enseñado que para seguir el camino de Cristo era necesario sofocar todos los deseos, especialmente los impuros. Y lo que estaba ocurriendo, aunque no tenía claro por qué, le producía la sensación de ser impuro.

–Dime una cosa de ella que recuerdes –le instó Fausta, inclinando la cabeza y acariciándole la nuca.

Crispo sintió la fragancia de su delicado aliento y reprimió el deseo de que aquellos labios carnosos lo besaran. Empezó a sudar y bajó aún más la cabeza sobre el libro de César.

–Recuerdo... sus ojos –balbuceó–. Sí, sus ojos eran muy hermosos: parecían agua de mar en un día soleado. Y su pelo también... Siempre brillaba, era muy rubio, como el trigo maduro en los campos. Ah, y sonreía, siempre estaba sonriendo y me hacía mucha gracia...

–¿Era muy guapa, entonces? –Fausta casi llegó a susurrarle las palabras al oído. Crispo sintió pánico, quería salir corriendo. Sobre todo cuando Fausta añadió–: Quizá sí, tú también lo eres, y además eres muy robusto y desarrollado para tu edad. Pero no me extraña, tu padre es un coloso...

Le apretó el hombro, haciéndole estremecerse.

–S-sí... creo que sí. Aunque recuerdo que era muy delgada –murmuró.

Por lo poco que recordaba, era todo lo contrario a Fausta. La emperatriz tenía una figura generosa, era morena y de ojos oscuros y, sobre todo, se reía muy poco. También era muy guapa, pero de otra manera. De una forma... inquietante.

—¿Más guapa que yo? —dijo acechándole.

Fausta nunca le había parecido una buena persona. Crispo se sintió terriblemente incómodo. No sabía qué responder y no quería enfadarla. Tenía miedo a Fausta.

—Las dos... las dos sois muy guapas —acabó diciendo mientras mantenía la mirada baja, esperando que se diera por satisfecha.

Ella no respondió y el niño se atrevió a levantar la cabeza y mirarla fijamente. Se encontró con dos ojos de hielo y tuvo que reprimir las ganas de llorar.

—«Las dos sois muy guapas»... Supongo que debería conformarme, ya que era tu madre y para ti ella lo es todo —comentó finalmente la emperatriz, encogiéndose de hombros y mostrando despreocupación—. Pero... —añadió en un tono más firme e hizo una pausa que cayó como un canto rodado sobre el alma agitada de Crispo— yo soy la emperatriz y ella era una concubina —declaró solemnemente.

—¿Qué es una concubina? —preguntó Crispo, que ignoraba el significado del término.

—Una puta —respondió Fausta sin vacilar.

Era una palabra que a veces había oído utilizar entre los soldados con los que se entrenaba. Pero el significado seguía sin quedarle claro. Sin embargo, no se atrevió a pedir una explicación: tenía la impresión de que se trataba de algo muy poco halagador.

Fausta captó su perplejidad.

—¿No sabes lo que significa? Es una mujer que se entrega fácilmente a los hombres, casi siempre por dinero.

—¿Y... eso es malo? —preguntó ingenuamente Crispo, que no acababa de entender adónde quería llegar la emperatriz.

—Yo diría que sí. El amor no se compra —le explicó Fausta—. Las putas y las concubinas se compran: están con otros hombres por conveniencia, fuera del sagrado vínculo del matrimonio. En

definitiva, se ganan la vida estando con hombres: ropa, joyas, poder, dinero...

Crispo se preguntó cuál era la diferencia entre el papel de su madre y el de la joven que tenía delante, pero no se aventuró a entrar en detalles.

–Quiero decir que ella no quería a tu padre y, con razón, él se hartó y la apartó.

–¿Y tú... le quieres?

–¡Claro que le quiero! Y él me quiere a mí –se apresuró a precisar Fausta–. Y estoy segura de que nuestra unión será bendecida por los dioses con muchos hijos cuando llegue el momento –añadió con lo que a Crispo le pareció una pizca de pesar.

–Pero vosotros... lleváis años casados. ¿Por qué no habéis tenido hijos ya? –preguntó intrigado.

Fausta dejó escapar un profundo suspiro.

–Los dioses han decidido que aún es demasiado pronto, por lo visto –respondió la emperatriz, acentuando la confusión del muchacho.

Su tutor le estaba educando en el culto a un único dios verdadero, el adorado por los cristianos, pero la emperatriz sólo daba importancia a los llamados «dioses tradicionales» y muchos en la corte pensaban como ella. Constantino le había explicado que Cristo era el más fuerte de todos, porque le había permitido hacerse con el poder y mantendría unido el Imperio, pero a Crispo le resultaba incomprensible que los seguidores del dios cristiano lo considerasen el único que existía mientras que todos los demás afirmaban que era un dios menor pero no negaban su existencia.

–Soy perfectamente capaz de procrear... Y lo intentamos siempre que es posible –continuó Fausta–. Pero tu padre está siempre tan ocupado... A menudo, como ahora, está en las fronteras luchando contra los bárbaros y cuando está más tranquilo tiene que viajar por las principales ciudades de su Imperio o, si está aquí, se queda hasta tarde trabajando en sus papeles. Para amarse hay que encontrar la manera y el tiempo de estar juntos. Y con

él siempre hay que encontrar el momento adecuado... –resopló con aire aburrido.

Crispo pensó que quizá su padre también se aburría con ella. Así que quizá también consideraba a Fausta una concubina, una puta. Pero era mejor guardarse ese pensamiento...

Osio salió desconcertado del *tablinum* donde estudiaba con Crispo. La referencia de Fausta a Minervina le había inquietado. Aunque la mujer pertenecía a su vida anterior, cuando era general y senador romano, consejero personal del emperador y tutor de su único hijo –la segunda persona más importante del Imperio occidental–, no obispo, seguía muy unido a ella. Se había casado con ella para mitigar la culpa tras el asesinato de su padre, acaecido casi treinta años antes, pero luego le había conquistado su pureza, su ingenuidad, que nunca se había visto afectada por las numerosas traiciones que había sufrido. Minervina era la única persona en el mundo que seguía dispuesta a considerarlo un hombre decente y sólo su fragilidad la había llevado a sucumbir a los halagos de hombres más guapos y jóvenes que él, como Sexto Martiniano y el propio Constantino, o a entregarse por desesperación a los sórdidos clientes de los burdeles más infames de Roma.

En su espíritu infantil, en su bondad básica que la impulsaba a no concebir el mal en los demás, Minervina nunca había percibido siquiera su ansia de poder y su falta de escrúpulos, que lo habían hecho odioso incluso a los ojos de sus coetáneos desde muy joven. Incluso ahora, estaba seguro, la mujer pensaba que Constantino la había abandonado por el bien del Estado y no porque se hubiera hartado de ella. Siempre estaba dispuesta a justificar a todo el mundo y a él le había hecho bien haber sido su marido: se había sentido mejor. Por eso siempre le estaría agradecido y esperaba sinceramente que se llevara bien con Sexto Martiniano, a quien le había proporcionado un salvoconducto tras la batalla del puente Milvio para salvarlo de la venganza de Constantino contra todos los pretorianos.

Pero ahora se había proyectado a otra dimensión. Tenía la responsabilidad de un Imperio, es decir, lo que siempre había querido y

a lo que siempre había apuntado. Constantino dependía de él para que las cosas funcionaran bien y para que su poder se consolidara. Había mucho, muchísimo que hacer todavía para que su corona fuera estable y duradera, había bárbaros que repeler, rivales que combatir y un sistema religioso y político que afianzar. Y era él quien tenía que mantener un complejo equilibrio mientras el emperador jugaba a hacer lo que mejor se le daba: ser soldado. Ciertamente, era más fácil batirse las manos en un campo de batalla que construir y consolidar un Imperio, administrarlo y gestionar su transformación de una estructura precaria, atada aún a viejos y gastados esquemas, a una realidad más sólida y cohesionada donde todos los habitantes fueran partícipes de un destino común, de una misión divina que les daba responsabilidades, induciéndolos al orden y al respeto de las normas y del soberano.

Por eso lo había apostado todo al cristianismo. Por eso se había hecho obispo. Por eso había elegido a Constantino entre los muchos soberanos que, en los últimos treinta años, se habían disputado el dominio de Roma.

Sólo el cristianismo, capaz de resurgir con más fuerza que nunca de las atroces persecuciones que había sufrido incluso en tiempos recientes, tenía la fuerza motriz para unir a aristócratas y plebeyos en un objetivo común, para imponerse como única religión, barriendo a todas las demás y dando cohesión al Imperio.

Sólo como destacado exponente de esa religión podía Osio orientar a las masas hacia opciones políticas formalmente justificadas por la necesidad de consolidar sus creencias y gestionar el enorme flujo de dinero y subvenciones que los cristianos ricos estaban dispuestos a invertir para salvar sus almas y para que Cristo, muerto y resucitado en Palestina tres siglos antes, recibiera la adoración que merecía.

Sólo Constantino, entre los emperadores, estaba convencido de que el cristianismo era el instrumento de poder más eficaz y sólo él estaba dispuesto a darle carta blanca para proveer a su afirmación. Tuvo la determinación y la ambición desmedida para imponerse en las encarnizadas luchas por la supremacía que desgarraban el

Imperio desde hacía casi un siglo. Y lo que había ocurrido hasta entonces, con su irrupción en la tetarquía a pesar de su exclusión inicial y la consolidación de su trono a costa de los demás hasta convertirse en el más poderoso de los emperadores restantes, demostraba a Osio que había apostado por el caballo ganador.

Pero a ninguno de los dos les bastaba con que Constantino fuera el más poderoso de los emperadores supervivientes. Augusto, para llevar a cabo su revolución y completar sus reformas, no se conformaba con compartir el Imperio con Marco Antonio. Tenía que ser el único. Y aún quedaba mucho por hacer para lograr el objetivo. También por esta razón Osio había elegido la vida ascética de un hombre de iglesia, nada debía distraerle de su misión: hacer del dios de los cristianos el único dios del Imperio para que Constantino fuera también el único emperador. El soberano estaba convencido de que debía afirmar el credo cristiano, pero seguía vinculado al concepto de tolerancia que siempre había caracterizado a la tradición romana, en la que todos los dioses eran bienvenidos siempre que no interfirieran con los deberes sociales y políticos de los ciudadanos, como había ocurrido a veces con los cristianos, que se habían negado a servir en el Ejército y a sacrificarse en favor de los soberanos. Pero Constantino pretendía depender cada vez más de bárbaros mercenarios para sus ejércitos y no le importaba demasiado que los cristianos, o al menos los sectores más fundamentalistas, se negaran a servir como soldados.

Decidió acudir a la mujer que había elegido como confidente, colaboradora y amante durante años, incluso antes de convertirse en un hombre religioso. Elena era ya demasiado vieja para despertar en él lujurias que le distrajeran de su misión, pero era lo suficientemente inteligente y carente de escrúpulos como para complacer todos sus propósitos. Y como madre de Constantino tenía interés en contribuir a la afirmación plena y completa de su hijo.

Llegó a la otra ala del palacio, donde se encontraban los aposentos de la madre emperatriz. Elena mantenía una respetuosa



distancia con su nuera, no sólo por la diferencia de edad, sino también por una cierta rivalidad en la disputa del amor del emperador, por el abismo de inteligencia a favor de la anciana y, sobre todo, por la perspectiva religiosa, plenamente cristiana en el caso de Elena, todavía ligada a los valores tradicionales en el de Fausta, pues era hija de uno de los perseguidores más hirientes, el emperador Maximiano.

Una sierva le permitió entrar en el cubículo de la dama a pesar de que su señora aún no estaba preparada para recibir a invitados, pero la esclava conocía bien la relación entre las dos altas figuras de la corte imperial. Y Osio necesitaba ver a Elena en su más descuidada intimidad: cuanto más la observaba en su decadencia de mujer marchita, más se mortificaban sus impulsos hacia el universo femenino.

Y el encuentro colmó por completo sus expectativas. Elena se le apareció en toda su decadencia, con una sencilla túnica, el pelo canoso suelto sobre los hombros y sin un hilo de maquillaje cubriendo los profundos surcos ahora grabados en su otrora bello rostro. Estaba encorvada sobre su escritorio, estudiando los documentos administrativos que más tarde le pasaría a él, después de examinarlos para ver si eran importantes. Osio confiaba en su perspicacia y le hacía cribar la correspondencia destinada al emperador para eliminar los asuntos que no concernían a su objetivo común de hacer a su hijo cada vez más poderoso.

Se acercó a ella y quiso besarla en la boca, aunque apenas podía tolerar su respiración, que ya no era ligera ni agradable. Palpó sus pechos caídos, satisfaciéndose de la sensación de asco que le producían. La vio complacida y, como siempre, no se atrevió a preguntar si se sentía así porque era consciente de su enrevesada asociación o porque, no obstante, le producía placer su contacto. En otro tiempo había estado locamente enamorada de él, pero entonces también ella, como todo el mundo excepto Minervina, había llegado a conocerle por lo que era y valía, y puesto que una parte de Elena era como él, la relación le venía muy bien.

–Hay una carta del obispo Melquiades que deberías leer. Creo que no está contando la verdad –le dijo la mujer nada más separarse de él.

–Sí. Es demasiado listo para mi gusto –comentó Osio–. Hice que lo eligieran obispo de Roma para garantizarnos un apoyo allí, pero está ganando demasiada autonomía. Sabía que, tarde o temprano, tendría que contar con su ambición...

–Y con su codicia –añadió Elena–. Quiere nuevos fondos para la construcción de la basílica dedicada a san Juan, decidida por Constantino. Todavía más dinero. Es realmente insaciable. A juzgar por lo que pide, parece que está construyendo una nueva ciudad, no una iglesia. Me pregunto cuánto de ese dinero va a parar a sus bolsillos...

–Pronto lo comprobaremos –declaró Osio–. Pero antes de leer su misiva procedamos como de costumbre. ¿Estás preparada?

Elena asintió sonriendo, se levantó y se quitó la túnica, mostrando toda la decadencia de su cuerpo decrepito, flácido y arrugado. Su amante, mientras tanto, se había tumbado en el suelo desnudo. Ella le levantó la túnica, le bajó la faja y luego se colocó a la altura de la pelvis del hombre. En poco tiempo, Osio se sintió embestido por el cálido contacto de lo que la mujer había almacenado en su interior para él. Sintió su nauseabundo hedor y se sintió suficientemente castigado por sus pecados y sofocado en su lujuria residual.

Constantino I, soberano de los romanos, heredero de César, emperador de todas las tierras de Europa desde el estrecho de Gibraltar hasta el Danubio, contemplaba los movimientos del enemigo desde su posición estratégica en un terreno elevado, donde podía observar todo el campo de batalla. Le vino a la mente una imagen de siete años antes, cuando desde una posición similar había presenciado el mismo espectáculo junto a su padre, el emperador Constancio Cloro: había estado en Britania contra los caledonios y había sido la última vez que habían luchado juntos. Para entonces su padre ya estaba enfermo y Constantino dirigió

la siguiente campaña en solitario, poco antes de que Constancio muriera.

Lamentó no tener a un hijo a su lado para dispensarle consejos y escuchar sus opiniones, como le pasó a él en aquella ocasión. Había aprendido mucho de su padre y daba gracias a cualquier dios del cielo por haberle dado la oportunidad de luchar a su lado; esto también le había granjeado el afecto de los soldados, que no tardaron en asociarlo con su amado comandante, hasta el punto de elegirlo inmediatamente su sucesor al trono en cuanto Constancio falleció. Se preguntaba si el jovencísimo Crispo sería capaz de ganarse el mismo privilegio con el tiempo: sólo tenía once años y aún debía pasar mucho tiempo antes de que pudiera seguirle en el campo de batalla. Tiempo en el que podía ocurrir cualquier cosa.

No es que Constantino se sintiera viejo. Su físico, en el umbral de los cuarenta, era más vigoroso que nunca y capaz de soportar los trabajos más duros, de aguantar los esfuerzos más intensos, de tolerar los sacrificios más fatigosos. Pero los hijos de Fausta no llegaban, a pesar de que la joven llevaba años en edad fértil, y el emperador se preguntaba si se debía a su declive o si Fausta tenía algún problema. Sólo una década antes no había tenido ninguna dificultad para dejar embarazada a Minervina y se moría de ganas por probarse a sí mismo incluso con cualquier otra mujer. Deseaba fervientemente tener más herederos y no podía tolerar que pasara el tiempo sin conseguir producirlos. Pero también temía concebir a otro hijo bastardo. Crispo ya tendría dificultades para reclamar lo que le correspondía como primogénito y permitir que otros reclamaran su herencia sólo complicaría las cosas para quien le sucediera en el trono.

Y tenía que ser un miembro absoluto de su familia.

No quería ser recordado como uno de los muchos emperadores que surgieron de guerras civiles y luego no dejaron rastro de sí mismos. Esto había sido algo habitual para todos los soberanos durante casi un siglo, desde Maximino el Tracio hasta la tetrarquía establecida por Diocleciano. Con la única excepción de Valeriano,

que había dejado su reino a Galieno, ningún hijo había sucedido a su padre y mucho menos había conseguido establecer una dinastía desde la época de los Severo. Y ahora nadie recordaba a aquellos emperadores, como si su historia se hubiera extinguido con su muerte. Para consolidar su memoria ante la posteridad era necesario fundar una dinastía: había sucedido a su padre Constancio Cloro por la fuerza, pero sus hijos y herederos le sucederían naturalmente por derecho de nacimiento y divino.

Así que necesitaba hijos y no sólo para perpetuar la memoria de sí mismo, también porque los herederos que criase él, a los que transmitiría sus propias enseñanzas y creencias, le harían morir seguro de que el Imperio continuaría en la dirección que él le había impreso.

Se concentró una vez más en los movimientos de los francos, que se habían lanzado en cuña contra el frente de su falange. No tenían ninguna posibilidad contra los robustos guerreros que había desplegado con lanzas en ristre en primera línea, entrenados en la cohesión y más acostumbrados a la disciplina que cuando luchaban en los bosques bajo el mando de sus toscos líderes.

Eran ellos los que salvarían Roma, esos mismos bárbaros que habían luchado contra el Imperio y que él había derrotado y subyugado hasta el punto de convencerlos para que se unieran a las filas del ejército imperial. Ellos y la determinación de los cristianos de salvaguardar un Estado que sentían como propio, como un instrumento para glorificar e imponer a su dios.

Existía el riesgo de que cualquier otro gobernante no educado por él no entendiera cuáles eran los elementos ganadores para mantener vivo un Imperio desgastado y caduco que necesitaba sangre nueva para perdurar y superar las profundas laceraciones y presiones a las que estaba sometido. Un partidario de los valores tradicionales habría recurrido a las soluciones habituales, que resultaban no sólo inútiles, sino incluso perjudiciales, capaces únicamente de dejar Roma indefensa ante cualquier usurpador, como los bárbaros, que presionaban a lo largo de las fronteras.

Diocleciano, por ejemplo, había sido su mentor, pero de él Constantino había aprendido qué evitar más que qué hacer. Diocleciano era restaurador: había perseguido a los cristianos, convencido de que eran ellos quienes socavaban la solidez de Roma, y había rechazado la contribución de los bárbaros, pues pensaba que los germanos y los sármatas no podían sustituir, en términos de eficacia, a los soldados reclutados dentro de las fronteras. Y había dividido el Imperio en cuatro partes, confiando cada una de ellas a un gobernante que dependía de él, porque creía que así sería más fácil defenderlo. Pero entonces tuvo que enfrentarse a la realidad de los hechos: los cristianos eran más fuertes, más decididos y estaban más motivados que los que adoraban a los dioses tradicionales; había demasiados bárbaros para derrotarlos de una vez por todas; y a los cuatro soberanos les resultaba más fácil hacerse la guerra unos a otros que ponerse de acuerdo, sobre todo cuando se trataba de la sucesión.

Era él quien sería recordado como el salvador del Imperio, no Diocleciano.

Sin embargo, se sentía solo. Tenía prisa por que Crispo creciera, por compartir con él sus pensamientos y llevárselo con él allá donde hubiera oportunidades de aprender a ser emperador y general. Se dio cuenta de que su irresistible ascenso le obligaba a renunciar a la confianza de cualquiera, a excluir a cualquier amistad o sentimiento. Tenía que desconfiar de todo el mundo y sabía bien que quien se le acercaba lo hacía para buscar su favor, no por afecto. Había creído amar a Minervina, pero en realidad pronto se había dado cuenta de que sólo se había encaprichado de su pasión y se había cansado con la misma rapidez. Tenía a Osio en infinita estima y le confiaría su vida, pero el obispo era un hombre despiadado y calculador y no podía inspirarle ningún afecto real y mucho menos el deseo de una amistad sincera. Y Fausta... A Fausta la había tomado cuando aún era una niña y sólo para consolidar un poder aún precario con un matrimonio de alto copete con la hija del antiguo tetrarca Maximiano. Pero era caprichosa y malcriada, tan desenfadada como Minervina pero

no tan dulce y simpática, y encima no le daba hijos. Desde luego no era una relación de la que se sintiera orgulloso.

Todos los demás se habían perdido por el camino, aplastados por su ambición. Estaba realmente solo y solo tendría que enfrentarse a los muchos desafíos que aún le aguardaban.

Observó cómo las filas enemigas se rompían contra la línea de sus soldados. Vestían uniformes romanos, los imperiales, pero allí delante eran de la misma etnia que los hombres a los que se enfrentaban: francos, alamanes, burgundios. Estaba seguro de que le llevarían a la victoria: tenían mucho que ganar luchando por el Imperio romano, estaban ansiosos por convertirse en sus ciudadanos y disfrutar de forma permanente de todos los privilegios que, como asaltantes y merodeadores, antes sólo habían esperado saborear. Todo lo que para los ciudadanos romanos era trivial, obvio, dado por sentado y a veces aburrido, para ellos era estimulante y morían tanto por conquistarlo como por defenderlo, por sí mismos y por sus hijos, destinados a convertirse en ciudadanos romanos.

Eran ellos quienes lo llevarían a la gloria eterna. Ellos, los mismos que estaban a punto de destruir el Imperio, salvarían Roma. Y lo harían gracias a él.

## CAPÍTULO III

El emperador Licinio miró largamente, en silencio y con desconfianza, a la pareja de refugiados que había solicitado audiencia con él. Minervina se dio cuenta de que ella y Sexto no ofrecían un espectáculo agradable, sólo con mucha imaginación se podría haber pensado que pertenecían a dos familias más o menos ilustres del Senado romano. Tras la frenética huida de Bizancio, el cruce del estrecho y la carrera para abandonar las costas de Tracia y dirigirse hacia el interior, parecían más bien dos mendigos en busca de un mendrugo con dos niños recién nacidos a los que alimentar.

Afortunadamente, detrás de ellos, mantenidos a una respetuosa distancia del emperador por sus guardaespaldas, se encontraba la tropa de soldados de la guarnición de Bizancio que había aceptado la propuesta de Sexto: eludir la captura por parte de las tropas de Maximino Daya y unirse a su rival. Su presencia reforzaba la oferta del antiguo pretoriano, limitando el riesgo de parecer ridículo, o tonto, a los ojos de Licinio.

El gobernante continuó escrutándolos y finalmente habló:

–Así que... aquí tenemos a un hombre que afirma ser un antiguo pretoriano, un veterano de la batalla de puente Milvio que supuestamente huyó de Bizancio antes de que cayera en manos de Maximino Daya, trayendo consigo una dote de unos treinta soldados dispuestos, como él, a luchar por nosotros...

–Así es, mi señor –confirmó Sexto, tratando de mantener la actitud orgullosa de quien no tiene nada que ocultar.

–¿Y quién nos asegura que no sois espías enviados por Maximino? –replicó secamente.

Sexto perdió por un momento su audacia.

–Bueno... no tiene nada que perder creyendo en nuestra buena fe...

Licinio soltó una sonora carcajada.

–¿Que no tengo nada que perder? ¿Con una inminente batalla que librar en la que presumiblemente nos lo jugamos todo? Sólo sois treinta: vuestro número no cambiará nuestra suerte si lucháis por nosotros, pero podría ser suficiente para perjudicarnos si sois hombres de Maximino y permitimos que conspiréis a nuestras espaldas.

Minervina empezó a temer que Sexto hubiera tomado la decisión equivocada. Miró a los niños en sus brazos y tembló por su destino.

–Con el debido respeto... luché en el puente Milvio junto a Majencio y sabe con qué valor se enfrentaron los pretorianos. Estoy convencido de que puedo ganarme su plena confianza en el campo de batalla –insistió Sexto.

–Exactamente –replicó ácidamente Licinio–. Sé que los pretorianos lucharon hasta la muerte, todos cayeron en el campo mirando a la cara al enemigo, donde habían formado, sin retroceder ni un paso. Si tú sobreviviste, significa que huiste. Y eso, desde luego, no habla muy bien de ti...

Minervina vio cómo Sexto se ponía rojo de furia. Le vio apretar los puños y los dientes. Trató de contener su ira y, en cuanto el emperador terminó de ofenderle, dijo:

–Mi señor, sólo he permanecido con vida porque, como era uno de los más altos oficiales de Majencio, mi señor me quería a su lado en la defensa extrema. Habría muerto con él y como él, en el río, si esta mujer no me hubiera recogido agonizando.

Licinio continuó riendo desdeñosamente.

–¡Ah! ¿Y se supone que debemos confiar en aquellos que hicieron de niñera de ese loco usurpador de Majencio? Mi cuñado Constantino lo detestaba y con razón. Si él persigue a todos los que le apoyaron, ¡no veo por qué yo debería comportarme de otro modo!

Minervina sintió que el pánico se apoderaba de ella. Sexto le había pedido confianza porque estaba seguro de que Licinio



recibiría con los brazos abiertos a cualquiera que luchara contra Constantino, sabiendo que tarde o temprano los dos cuñados llegarían a un inevitable enfrentamiento. Pero al parecer aún se llevaban demasiado bien y rendirse a él podía ser como rendirse al propio Constantino. Ella nunca había querido unirse al bando de aquel perseguidor de Maximino Daya y sólo lo había hecho para complacer a Sexto, pero ahora esa opción le parecía preferible al riesgo que corrían con Licinio.

Un mensajero llegó al galope hasta el emperador. Le susurró algo a un oficial del Estado Mayor, que se acercó a Licinio y le dijo:

—¡Mi señor, las vanguardias de Maximino están desembarcando en la costa!

El gobernante negó con la cabeza.

—¡Por los dioses! Esperemos que el grueso del ejército esté lejos: ¡aún somos demasiado pocos para hacerles frente! —Luego miró a Sexto y a Minervina—. A estos de aquí ponédlos bajo arresto: ya decidiremos más tarde qué hacer con ellos.

—¡No! ¡Mi señor, no! ¡Comete un error! ¡Nos necesita ahora más que nunca! Maximino Daya conquistó fácilmente Bizancio porque llevaba consigo al menos setenta mil hombres e hizo valer su gran superioridad numérica sobre la guarnición. No tiene tiempo de reunir a tantos hombres —gritó Sexto, avanzando un paso hacia él.

Inmediatamente los guardaespaldas del emperador le apuntaron con sus lanzas, impidiéndole el paso. Un soldado llegó incluso a amenazar con la punta de su lanza a Minervina, que por instinto aferraba a los niños contra sí.

Licinio le dirigió una mirada sombría.

—Exacto. ¿Se supone que debo creer que alguien está tan loco como para unirse a un comandante que tiene menos de la mitad de hombres que su oponente? Sabes muy bien que estábamos en Italia y tuvimos que venir a Tracia a toda prisa para impedir la invasión cuando nos enteramos de la ofensiva de Maximino. No podremos igualar sus números al menos hasta dentro de un mes, pero parece que tendremos que librar la batalla con los hombres que hemos conseguido reunir por ahora —declaró, dirigiéndose

más a su Estado Mayor que a Sexto—. No, definitivamente son espías. Vamos, encarceladlos —reiteró.

Los soldados se acercaron a la pareja y al pelotón que tenían detrás y les ordenaron que se desarmaran. Minervina, con valor, gritó:

—¡Mi señor, somos quienes decimos ser! El hijo de su cuñado, Crispo, es mi hijo. Fui compañera de Constantino antes de que se casara con la emperatriz.

Sexto la miró indignado. Hacía tiempo que habían decidido que su relación con Constantino debía ocultarse, convencidos de que sólo podía acarrear problemas en los complicados juegos de poder que caracterizaban las relaciones entre los distintos emperadores. Ella era consciente de eso, pero temía demasiado por el destino de sus bebés como para arriesgarse a ser arrojada a una prisión oscura y fría y que los dos infantes murieran de hambre.

Decidió ignorar la reacción de Sexto y concentrarse en Licinio, que la miraba con incredulidad. Nadie le había ofrecido asiento. Estaba agotada por los esfuerzos del parto y el viaje y por la tensión de su destino. Sintió que las fuerzas le fallaban de golpe. Encontró el tiempo y la lucidez para poner a los dos bebés en brazos de Sexto antes de desplomarse en el suelo y perder el conocimiento.

Sexto Martiniano ya había visto el ejército de Maximino Daya desplegado con toda su fuerza sólo unos días antes, frente a las murallas de Bizancio. En aquella ocasión habían sido las propias murallas las que le habían protegido, pero le habían asustado hasta el punto de hacerle huir. Setenta mil hombres no se reunían tan fácilmente en aquellos días: ya no era la época en que Roma podía encontrar reclutas en todas las provincias. Ahora, en la llanura de Tzirallum, cerca de Adrianópolis, nada separaba a los dos ejércitos, formados uno frente al otro.

Y todavía se preguntaba si estaba en el lado correcto. Maximino Daya era el máximo defensor de los valores que él enarbolaba, mientras que Licinio no era más que un oportunista que por el momento se había plegado a las simpatías cristianas de Constantino para complacer al más fuerte de los soberanos. Además, Maximino

contaba con una ventaja numérica tan grande que había rechazado cualquier aproximación diplomática de Licinio, consciente de que se arriesgaba a una derrota sin apelación. Con sólo treinta mil hombres, era muy probable que se encontrara rodeado en cuanto comenzara la batalla, pero no tenía otra alternativa que luchar. Si no frenaba inmediatamente la invasión de su rival, nunca podría recuperar los territorios que le arrebataría pronto, antes de poder reunir un ejército igual que el de su oponente.

En su interior se sentía dividido por Minervina. Aún no sabía si darle las gracias por convencer al emperador de que les diera una oportunidad o si culparla por exponerse tanto: ahora, si tuviera éxito, Licinio la convertiría sin duda en una herramienta que utilizar contra Constantino en caso de necesidad.

Se despertó de sus pensamientos. Fuera como fuese, ahora estaba allí para luchar y tenía que liberar su mente de cualquier consideración que pudiera limitar su entrega en el combate. Le había prometido a Minervina que los protegería a ella y a los niños y en cambio había sido la mujer quien los había salvado frente a Licinio. Tenía que demostrarle que seguía siendo digno de ser su hombre volviendo a ella sano y salvo. Y, lo que era igual de importante, tenía que demostrarle a Licinio que era digno de la confianza que había depositado en él, aceptándolo en su propio ejército y poniéndolo al frente de una unidad mucho mayor que el exiguo grupo de hombres con el que se había presentado allí.

Cuando vio que el inmenso ejército enemigo comenzaba a avanzar, sintió que un estremecimiento de excitación le recorría la espina dorsal. Después del puente Milvio nunca pensó que volvería a sentirlo. En aquel momento estaba seguro de que sería su última batalla, fuera como fuese, y una parte de él lo lamentaba: nunca se había sentido tan vivo como cuando corría el peligro de morir a cada instante. Sus sentidos se amplificaban, haciéndole notar sensaciones intensas y fuertes como sólo en la intimidad con Minervina había experimentado. Y eran sensaciones adictivas.

Las siluetas de los enemigos se hicieron más definidas en sus contornos y después de algún tiempo también se distinguían sus

rasgos: eran hombres con una expresión decidida y feroz, como imaginaba que era la suya. Hombres que querían matarle, pero que también eran conscientes de que corrían el riesgo de vivir los últimos momentos de su vida. Como a él, les habría gustado revivirla, revivir los mejores momentos del pasado, rememorar arrepentimientos y remordimientos, pero los veteranos, al menos, sabían que todo eso los debilitaría y se concentraban únicamente en sus objetivos, en los soldados que los esperaban en el frente, alineados en una falange cohesionada pero delgada y poco profunda. Licinio, de hecho, para evitar que las alas fueran rodeadas de inmediato, había dispuesto un despliegue lo más amplio posible, adelgazando las filas, en consecuencia.

Dio la orden de cerrar filas y extender las lanzas de choque hacia delante. El momento más difícil sería el impacto, que obligaría a los hombres de Licinio a soportar la repentina presión de las profundas cuñas. Cada hombre de la primera fila sería empujado por docenas de otros detrás de él. Ellos, por su parte, contaban con muy pocos soldados capaces de contener el inevitable retroceso de la primera línea que seguiría al impacto.

Continuó gritando que mantuvieran los escudos uno al lado del otro y las lanzas en horizontal hasta un instante antes de que los dos ejércitos entraran en contacto. Sexto estaba en el ala, en el extremo izquierdo, y el impacto sólo le afectó de forma refleja. Los soldados enemigos tendían a converger hacia el centro para romper la delgada línea de Licinio y se olvidaron de ejercer presión en los flancos. Estaba claro que la intención de Maximino era apretar al ejército de su rival por delante y por detrás una vez hecha la penetración. Su unidad, una legión de rango reducido de unos ochocientos hombres, se mantuvo firme en el mismo lugar donde había esperado al enemigo, sin retroceder un paso. Sólo algunos exaltados auxiliares bárbaros de Maximino se lanzaron contra sus hombres, acabando inexorablemente atravesados por las agujas formadas por las lanzas tendidas hacia delante.

Los soldados lanzaron gritos de júbilo, pero pronto se apagaron al presenciar el destino de la legión que tenían a su lado, embesti-

da con mayor vigor. Los hombres de Licinio tuvieron que ceder terreno, aunque sólo fueron arrollados en ángulo y no de frente. Algunos adversarios quedaron empalados en sus lanzas, pero muchos otros lograron esquivarlas y utilizar las suyas propias para atravesar a quienes se les oponían. En resumen, se abrían brechas en la primera línea que sólo con dificultad rellenaban desde la segunda. Sexto imaginaba que hacia el centro de la formación las cosas iban mucho peor, de modo que si había alguna esperanza de ganar el combate era en las alas. Su ojo de experto, de hecho, le había permitido observar que Maximino, al ver a sus enemigos alineados en un frente casi tan largo como el suyo, había concentrado todos sus esfuerzos en el interior, renunciando a cualquier intento de rodearlos. Sus setenta mil hombres, por tanto, se precipitaban en masa hacia el centro, llegando incluso a estorbarse.

Por absurdo, inconcebible, casi imposible e incluso paradójico que pudiera parecer, cabía la posibilidad de que fueran las fuerzas de Licinio, infinitamente superadas en número, las que flanquearan a las de Maximino.

Quando vio caer al comandante de la legión contigua atravesado por una lanza enemiga, el plan terminó de formarse en su mente. Se volvió hacia las dos centenas más alejadas.

—¡Soldados! Haced una conversión y atacad al enemigo por el flanco.

Entonces se colocó a la cabeza de ellos, guio la maniobra y así se encontró dirigiendo un ataque por el flanco de la cuña enemiga más exterior. Cuando descargó el primer tajo con su espada sobre un adversario, seccionándole el brazo que sujetaba la lanza, soltó un grito liberador, que fue también una incitación para sus hombres. Los enemigos no se esperaban la agresión y tardaron en reaccionar, lo que alivió la presión sobre los hombres de delante y les dio la oportunidad de volver a cerrar filas. Pronto se reagruparon y comenzaron a avanzar de nuevo, cerrando a los enemigos en una tenaza, por delante y por los flancos. A Sexto le resultaba extraordinariamente fácil cosechar bajas y su espada, cada vez más roja por la sangre enemiga, seguía atravesando dalmáticas y

armaduras, destrozando escudos y astillando espadas hasta que no quedó nadie a quien enfrentarse. Muchos de los hombres de Maximino yacían en el suelo, muertos o agonizantes, y los demás habían buscado refugio bien hacia el centro, donde sus adversarios seguían agrupándose, bien en la retaguardia.

Desde su posición en el ala más alejada, Sexto no podía ver cómo iban las cosas en los otros sectores. Pero podía imaginar que los hombres de Licinio estaban en grandes dificultades, especialmente en el centro, donde veía a los soldados de Maximino hasta donde le alcanzaba la vista. Sin embargo, los enemigos estaban operando en un espacio demasiado pequeño para su número y, como era de esperar, se estaban obstaculizando unos a otros, retrasando el inevitable avance y posterior cerco. Se estaban complicando la vida ellos solos gracias al error de su comandante supremo, que había utilizado para la penetración central muchos más hombres de los que necesitaba.

Esto le dio espacio y tiempo para llevar a cabo el plan que tenía en mente. Buscó un *ducenario* superviviente de la legión de al lado. Vio a uno y de inmediato este se anticipó a él para darle las gracias por haber salvado a la unidad.

–Si de verdad quieres agradecérmelo, ponte a mis órdenes y lleva a toda la legión aún más al exterior, detrás de la mía, y haz que los soldados se coloquen en columna –le dijo Sexto.

Este le miró sin comprender, luego su expresión cambió de repente, se le iluminó el rostro y el oficial esbozó una amplia sonrisa.

–Sí, sí –gritó e inmediatamente se volvió para organizar la maniobra.

Sexto regresó junto a los suyos, a los que dispuso también en columna. Esperó a que la otra legión formara detrás y dio la orden de marchar hacia delante.

Había llegado el momento de intentar ganar la batalla.

Sexto observaba el enfrentamiento en curso, del que se había apartado temporalmente. Se alegró de que nadie se hubiera percatado del movimiento evasivo de su columna: la masa de soldados de Maximino seguía ocupada abriéndose paso por el centro de

Licinio y el emperador no había colocado ningún contingente en las alas para controlar y frenar cualquier intento de ataque por los flancos. Lo cual, bien mirado, era bastante comprensible: muy pocos comandantes habrían sentido la necesidad de malgastar hombres en maniobras en gran medida improbables de un ejército que contaba con menos de la mitad de los efectivos que el suyo. Y Licinio, de hecho, ya tenía las manos ocupadas tapando los huecos que se abrían en su formación como para poder destinar hombres a otras tareas que no fueran la defensa desesperada contra la presión enemiga.

Era precisamente el efecto sorpresa con el que Sexto podía contar para llevar a buen puerto su iniciativa. E incluso así las posibilidades de éxito eran bastante escasas. Siguió dirigiendo la columna cada vez más hacia delante y, cuando consideró que estaba fuera del alcance del enemigo, se volvió hacia el centro.

Pero los soldados se quedaron inmóviles, mirándose unos a otros.

—¿Y bien? ¡Pongámonos en marcha! ¿Esperamos a que los nuestros salgan corriendo? —dijo Sexto después de escudriñarlos.

Un soldado avanzó hacia él.

—General, los legionarios hemos hablado durante la marcha y consideramos que esta es una maniobra suicida —declaró solemnemente.

Un *ducenario* le golpeó con una rama. Sexto había ordenado que cada miembro de la columna arrancara una de los arbustos que había a lo largo del camino y la llevara consigo.

—¿Cómo te atreves a dirigirte así a uno de tus superiores? Además, ¿y si lo fuera? Eres un soldado y harás lo que se te ordene.

Sexto hizo un gesto al oficial para que se calmara y se acercó al soldado.

—Es una maniobra de alto riesgo, estoy de acuerdo. Pero es la única esperanza que le queda al emperador para ganar —le explicó, dirigiéndose a él en voz alta para que los demás legionarios también pudieran oírle.

—Pero el emperador ya ha perdido. En el centro ya habrán sido derrotados. Estarán huyendo con las espadas enemigas pellizcán-

doles el culo. Haríamos bien en hacer lo mismo, siempre y cuando nos dejen en paz –insistió aquel.

Los demás legionarios murmuraron en señal de aprobación. Sexto los miró sin miedo ni temor, había sido tribuno pretoriano al mando de los mejores soldados del mundo y desde luego no le daban miedo, pensaba, cuatro paletos que se habían alzado en armas hacía sólo unos años. Entre ellos había también bárbaros reclutados al otro lado de la frontera, que tenían poco interés en la victoria de cualquiera de los contendientes.

Los pocos oficiales presentes se dedicaron a empujarlos y a gritar en la cara a los más alborotadores. Una vez más, Sexto les indicó que se quedaran quietos y avanzó entre las filas de los legionarios.

–Soldados, si hay siquiera una posibilidad de volver a ganar, está en nuestras manos –declaró–. El enemigo no espera que nadie se abalance tras ellos y os garantizo que cundirá el pánico: no se reúnen setenta mil hombres en poco tiempo sin llenar las filas de reclutas recién entrenados y sin sangre fría. Mientras se encuentren en una posición de ventaja conservarán toda su audacia, pero tened por seguro que, en cuanto se vean amenazados y en una condición de aparente inferioridad, ni siquiera tendrán en cuenta nuestro escaso número y abandonarán la lucha. Así pues, tenéis ante vosotros la oportunidad de vuestra vida: podéis huir y guardar el recuerdo de esta vergüenza para el resto de vuestra existencia o bien convertiros en héroes que podrán contar a los hijos que casi sin ayuda de nadie derrotaron a un ejército inmenso. Imaginad tan sólo las recompensas que obtendréis por salvar a vuestro emperador.

Los soldados le miraron. Ya no parecían tan convencidos de su decisión. Un centenario se puso a su lado y gritó:

–Al igual que yo, todos habéis llegado a saber, porque los rumores vuelan, que se trata de un oficial pretoriano que escapó del puente Milvio. Y todos sabéis cómo lucharon los pretorianos en su última batalla. Yo, personalmente, me siento honrado de luchar junto a uno de esos valientes hombres. Y estoy seguro de que nos llevará a la victoria.



Los murmullos de asentimiento aumentaron hasta que superaron a los de desacuerdo. Sexto decidió romper filas.

—¡Soldados! Acabo de ver nacer a mis dos hijos. No quiero hablarles de la derrota en el puente Milvio, sino de la victoria aquí, hoy, en Tzirallum. Y puesto que no podemos permitirnos perder más tiempo, os insto a reanudar la marcha. Estoy seguro de que muchos de vosotros pensáis ahora como yo. Los que se rindan ya no podrán luchar con ninguno de los dos emperadores, gane quien gane, y ni siquiera recibirán una pensión. Nadie quiere cobardes.

Se volvió y avanzó hacia el enemigo sin mirar atrás. Enseguida oyó gritos de motivación a sus espaldas. Sólo se volvió después de haber caminado unos cientos de pasos.

Todo el mundo estaba allí.

Las siluetas de los enemigos volvieron a definirse. Pero esta vez eran sus espaldas y Sexto estudió dónde atacarlos. Evaluó la situación mientras seguía acercándose: cuanto más penetraban los hombres de Maximino Daya en las filas de Licinio, más les impedía su número desplegar todo el poder del que disponían y provocar una ruptura definitiva en la línea enemiga. La mayoría de ellos no luchaba en absoluto, se limitaba a malgastar energías en la búsqueda de un espacio útil para avanzar un tanto y se abría paso entre las filas de sus compañeros para entrar en contacto con el enemigo. Pero la gran muchedumbre los obligaba a paralizarse en una espesura bulliciosa de ejércitos donde sólo la primera línea se batía en duelo con los hombres de Licinio.

Tarde o temprano Maximino se daría cuenta de que no estaba utilizando la mayor parte de sus fuerzas y ampliaría el despliegue para lograr el envolvimiento que debería haber perseguido desde el principio. O bien los soldados de Licinio, que no tenían reservas, sucumbirían al agotamiento y cesarían toda resistencia. Tenía que actuar de inmediato.

Sexto ordenó acelerar el ritmo de la marcha, que cada vez era más rápido, y frotar las ramas con las que se habían equipado por el suelo. Algunos de los enemigos de las últimas filas se dieron

cuenta de la presencia de la columna e informaron a sus camaradas. Pero ya era demasiado tarde para organizar una línea de defensa: el antiguo pretoriano estaba cerca y la confusa masa de soldados hacía imposible que los oficiales pudieran volver a desplegarse con una inversión radical del frente. Además, y con esto contaba Sexto, el polvo levantado por el arrastre de la maleza ocultaba el tamaño real de la columna. Rezó a los dioses para que sus enemigos pensarán que su contingente era mayor de lo que realmente era.

Les ordenó a sus hombres que intensificaran aún más el paso y se desplegaran en abanico. Se acercó al enemigo con un frente de cien hombres en cada línea y cuando llegó a la vista de la última fila enemiga muy pocos habían tenido tiempo de girarse y prepararse para el impacto, y esos pocos tenían expresiones de terror pintadas en el rostro. Otros intentaron darse la vuelta para no ofrecer sus espaldas a las lanzas enemigas, pero los escudos y los cuerpos de los camaradas cercanos a ellos se lo impidieron.

Era como atacar a marionetas. Se quedaban quietos y se les podía hacer de todo: estocadas de lanza, tajos de espada, patadas, cabezazos. Sexto y sus hombres podían arremeter contra adversarios indefensos y pronto un paraguas de sangre se alzó sobre las cabezas y amputó miembros para desarmar a las filas enemigas. La aglomeración era tal que los cadáveres se quedaban de pie, como sus compañeros aún vivos. Sexto se dio cuenta de que luchar con un cadáver al lado, incluso apoyado en su hombro, era devastador hasta para un veterano. Pronto empezó a leer el miedo en los ojos de sus enemigos; sus miradas no se dirigían a su espada, que estaba a punto de matarlos, sino a cualquier vía de escape que se les abriera delante. Pero no había vía de escape, al menos no hasta que hubieran caído suficientes soldados como para despejar algo de espacio.

Trabajó para que esto sucediera. Pretendía causar el pánico y la huida antes de que sus fuerzas lo abandonaran. Gritó a pleno pulmón para instar a sus hombres a esforzarse al máximo, pero se dio cuenta de que no era necesario: sus palabras habían dejado huella y cuantos más adversarios mataban más llenos de energía

se sentían sus hombres, como los héroes que había imaginado que podían llegar a ser.

Blandía su espada sin descanso, cubriéndose con la sangre de los demás, sin tener que rechazar ni un tajo, ni una estocada, ni una reacción. Sus oponentes parecían prisioneros encadenados sobre los que podía ensañarse a voluntad y se sentía como un torturador, ya no como un soldado. Esperaba que aquella matanza terminara cuanto antes. Eran soldados romanos, por los dioses, podrían haber servido a los emperadores para defender las fronteras de los asaltos de los bárbaros. En cualquier otro momento podrían haber estado a sus órdenes y contra un enemigo extranjero. Había comenzado su carrera militar luchando en una guerra civil que había visto la victoria de Diocleciano. El vencedor había ideado una solución para acabar con las guerras civiles, pero su última batalla como pretoriano Sexto, casi treinta años después, la había librado en una guerra civil e incluso ahora se encontraba masacrando romanos en medio de una lucha interna: si no lo hubieran pensado los bárbaros, se le ocurrió, el Imperio se habría derrumbado por suicidio.

La cabeza empezaba a darle vueltas por las náuseas y el agotamiento a medida que los primeros enemigos conseguían encontrar huecos por los que escapar. Sexto bloqueó a sus hombres más cercanos, instándolos a dejarles que se marcharan, pero tuvo que esforzarse para sofocar su furia asesina. Los suyos fueron los primeros golpes que tuvo que parar.

A duras penas los convenció y juntos se quedaron contemplando la derrota del ejército de Maximino Daya. Como había esperado, los soldados enemigos se habían convencido de que estaban atrapados entre dos ejércitos del mismo tamaño y sólo buscaban escapar por los flancos, huyendo en las dos direcciones opuestas. En resumen, ya no había ninguna conexión entre las unidades y las mismas unidades se estaban fragmentando en muchos grupos pequeños, cada uno capaz sólo de velar por su propia seguridad. Sexto empezó a vislumbrar las primeras filas del grueso del ejército de Licinio, que, ante el colapso del adversario, había recobrado el valor y había recuperado terreno. Ahora eran ellos los que

estaban masacrando sin piedad y con facilidad a todos los que se veían obligados a permanecer en el lugar, a la espera de que la multitud de fugitivos más cercanos a la línea de batalla se redujera.

Afortunadamente, había vuelto a la batalla cuando las líneas de Licinio aún conservaban una apariencia de cohesión. La maniobra le había salido lo mejor posible. Sintió una satisfacción inesperada. El año anterior, tras el puente Milvio, se había sentido como un escombros, los restos de una era que ya había terminado, listo para una jubilación sin gloria no sólo como perdedor, sino como miembro de un cuerpo disuelto con infamia. No creía tener nuevas oportunidades de luchar ni las buscaba. Sólo quería proteger a Minervina, pero para ello se había encontrado de nuevo en un campo de batalla. Y las sensaciones que había experimentado eran las mismas de siempre, aquellas de las que se había alimentado durante treinta años.

Como soldado del ejército regular, había soñado con formar parte del cuerpo de pretorianos desde que los había visto en acción en Britania diecisiete años antes, y entre los pretorianos había vivido sus momentos más estimulantes y los más humillantes, pero siempre en el centro de los acontecimientos más importantes, como protagonista. Los había elegido porque eran los más fuertes, los mejores, los más envidiados y los más execrados; ahora que ya no existían comprendía que, como uno de los pocos supervivientes, tenía el deber de preservar su memoria, renovando en la guerra la gloria que habían adquirido antes de su derrota final a manos de Constantino.

Los dioses lo habían salvado precisamente para esto en el puente Milvio. Para mantener vivos a los pretorianos y al mundo que representaban: el mundo de sus antepasados, que había llevado a Roma a su máximo esplendor y que Constantino y su camarilla de sacerdotes estaban aniquilando.

Y Licinio era la clave. Desde el puente Milvio, Sexto sólo había buscado un lugar donde refugiarse y cuidar de su mujer. Ahora sabía qué hacer con su vida.